

FAMILIA

Volúmen I. — Núm. 2

Precio: UN PESO

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

DEDICADA EXCLUSIVAMENTE AL HOGAR

SANTIAGO DE CHILE, FEBRERO DE 1910

EMPRESA ZIG-ZAG, EDITORES PROPIETARIOS, TEATINOS 666

Suscripción anual:

DIEZ PESOS

LECTURAS FEMENINAS

“¿Qué leeremos?”

LA “profesión” de madre de familia tiene sus encantos ¿quién lo duda? pero no carece de sinsabores. Escribíome últimamente una distinguida matrona quejándose de las lecturas de sus hijas. “Señor, me decía aquella asendereada madre, es una calamidad. Mis hijas no leen sino novelas. Hasta hoy he logrado alejarlas de las inmundicias de Zola y de sus imitadores españoles. Pero resulta que otros novelistas, particularmente los franceses, son quizás más peligrosos que los zolistas. Ahí tiene usted á Marcel Prévost, por ejemplo, y á Bourget. Mis pobres hijas acaban de leer (mejor dijéramos: devorar) unos cuantos volúmenes de estos autores. El efecto de esas lecturas es desastroso, pues las tres niñas empiezan á perder el juicio. Todo su hablar es de vanidades mundanas, de lujo, de sport y de amores elegantes. Pierden poco á poco la devoción, que creía yo haberles inculcado y que las santas monjas se esforzaron en desarrollar.

“¿No podría usted escribir condenando enérgicamente esas lecturas? Advierta, señor, que usted tiene parte de culpa en esos desvaríos, pues, según les oigo á mis hijas, más de una de aquellas malditas novelas ha sido alabada por usted en ciertos artículos de crítica... Si usted no interviene, mañana mis pobres hijas leerán á Zola, á Blasco Ibañez ó á Trigo (de quiénes me da mi confesor muy malas noticias) y entonces se acabará el mundo...”

¿Qué habría usted contestado, amigo lector ó distinguida lectora mía, á las quejas de aquella digna señora?

La respuesta que desde luego se me ocurrió fué esta: “Señora, confórmese usted con lo inevitable. Es un hecho que hoy en día las niñas leen novelas y nada más que novelas. Todo el resto de la literatura es vergel cerrado y fuente sellada... para ellas. ¿Quiere usted, señora, que sus hijas lean libros de historia?... Pero, ¿cómo habrán de leerlos, si ellos son ó insulsos ó corruptores? Porque ha de saber usted, señora mía, que la historia sincera es más inmoral que “Naná” y “La Tierra”... y si de ella se eliminan los escándalos, ya no merece el nombre de historia y se vuelve falaz é insulsa.

¿Leerán sociología?... Haga usted la prueba con sus tres hijas. Si, entre las tres, alcanzan á leer las treinta primeras páginas de un libro como el “Capital” de Karl Marx, declararé que aquel hecho es una hazaña y un milagro.

¿Leerán filosofía, teología, política? Nó, señora. ¿Qué interés tiene para ellas la política cuando ven, en los diarios, en qué consiste y á qué estado la tienen reducida los políticos?

Nada digo de la teología, pues, como usted sabe, ella suele escribirse en latín y la que viene en lengua vulgar exige, para ser entendida, una preparación intelectual que sus hijas no tienen. ¿Acaso sabe alguna de ellas medianamente su catecismo? (Saberlo, no consiste sólo en repetirlo á modo de lección aprendida por un loro...) ¿Cuál de ellas sabe historia sagrada? ¿Han leído algo sobre historia de la iglesia?... Nó, sin duda, y quizás ni siquiera han hojeado los santos evangelios, pues consta que, en los libros de devoción en actual uso, las más de las veces brillan los evangelios por su ausencia. Se los reemplaza con madrigales místicos y eja-culaciones estupendas que los maestros del siglo XVI (por no decir nada de los grandes doctores de la antigüedad) declararían vanas, cuando no intolerables.

De la filosofía, mejor es no decir nada y resolverlo todo en pocas palabras afirmando que, si las hijas de usted leen novelas y nada más, es porque no pueden leer sino novelas. Carecen de preparación intelectual para cualquier lectura que no pertenezca á la literatura de imaginación”.

Esta fué mi primera respuesta; pero, por suerte, me acordé oportunamente del dicho de Talleyrand: “¡Cuidado con el primer impulso! Siempre es malo”, y archivé mi carta.

Después de meditar por algún tiempo llegué á las conclusiones siguientes: es plenamente cierto que para la generalidad de las jóvenes (y de sus hermanos) toda lectura que no sea de novelas y

de poesía, está fuera de alcance, sea porque les faltan las nociones previas y la preparación sin la cual un libro serio ó un artículo de revista grave es “libro sellado con siete sellos”, como el del Apocalipsis, sea porque no pueden ni saben escoger los libros y revistas capaces de despertar su curiosidad y apetito intelectual.

Arreglé, pues, mi carta más ó menos como sigue: “Señora, dije á la atribulada madre, sus hijas no pueden sanar de su “novelomanía” en un día. Es menester andar con tiento y paso á paso. Desde luego tengo el placer de anunciar á usted que, antes de mucho, advertirán ellas la insufrible uniformidad y monotonía de las novelas de Bourget y Prévost, y de todas las novelas... Si tardaran en percibirla y en disgustarse de ella, lo mejor sería, sin duda, buscar, entre las muchas que se publican, aquellas que pueden leerse con el menor daño y el mayor provecho. No crea usted, señora, que el hallar novelas de ese caracter sea tarea hercúlea. Nó.

Por primera providencia, acuda usted á la literatura inglesa. Ahí están Walter Scott, Dickens, Tackeray (entre los difuntos), y Mrs. Humphry Ward, Kipling, Wells, Harland y tantos otros, entre los vivos. Defectos tienen, por cierto, ya que manchas hay hasta en el sol, pero á ninguno de ellos puede achacarse la menor inmoralidad. Puede decirse, en alabanza de la novela inglesa (y de ella sola), que nunca sonrojó á mujer alguna, por delicada que fuera.

Si empero quieren las hijas de usted, á toda fuerza, permanecer fieles á la novela francesa contemporánea, habrá remedio... El más eficaz, en mi humilde sentir, será que usted no autorice sino novelas de autores conocidos como moralmente irreprochables. Pocos son, es cierto, pero entre ellos hay siquiera un maestro cuyas obras son deleitosas al par que noblemente puras: aludo á René Bazin. Haga usted una prueba con cualquiera de sus novelas y verá que sus hijas se entusiasmarán por ellas...

Pero hay un medio de proveerse cuya eficacia y seguridad moral me parece suficiente.

Consistiría en averiguar si la novela que sus hijas desean leer ha sido publicada en una revista como la “Revue des Deux-Mondes” ó “Le Correspondant”.

Lector asiduo de aquellas célebres revistas, rara vez he hallado en la primera, y jamás en la segunda, novelas moralmente peligrosas. Y cuidado que allí se admiten sólo obras de maestros aunque éstas no sean siempre obras maestras...

Por fin, señora mía, “jueces hay en Berlín” como dijo el fabulista; en los casos dudosos podrá usted pedirles su fallo. Lo cual, sin embargo, no quita que el juez natural y supremo sea usted. Le parecerá tal vez (y sin tal vez) muy duro el dedicarse á probar los manjares intelectuales de sus hijas. Pero este es su derecho y su deber. Para ello tiene una madre de familia vocación y autoridad incontestable...

No terminaré sin suplicar á usted se digne examinar la propia conciencia.

Usted me dice en su carta que no carezco de culpa en la “novelomanía” de sus hijas. Es la primera nueva que tengo de semejante desgracia y, á la verdad, no creo en ella. Pero agradeciendo á usted la advertencia, haré lo que los franceses llaman una respuesta “du berger à la bergère” y diré á usted: “La culpa es suya, señora mía. Si las hijas de usted aborrecen ó ignoran toda lectura seria y sustancial, á su madre se lo deben, en primer lugar, por haber sido ella quien eligió sus maestros y, después, por no haber elegido con severo cuidado sus primeras lecturas.

Pruebe usted, señora, el tratamiento que me he atrevido á esbozar. Puede ser que leyendo revistas como las nombradas, aquellas encantadoras niñas se dejen, si no encantar, al menos tentar por las páginas de filosofía, de historia ó de crítica que allí preceden ó siguen á las novelas. Así tal vez abrirán los ojos para ver que la lectura de novelas es simple intermedio en el drama (otros dicen, en la comedia) de la vida.

OMER EMEETH